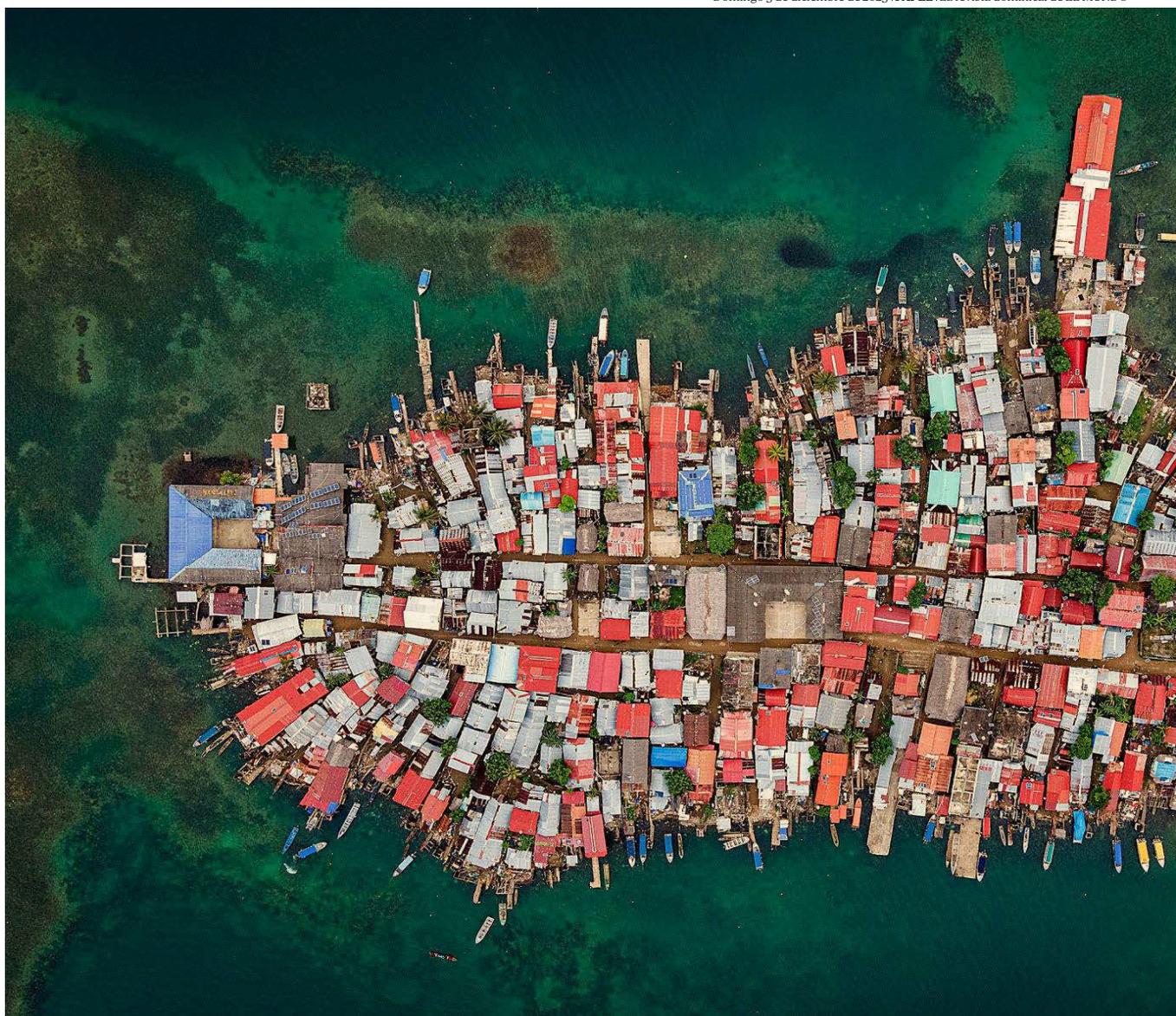


Domingo 3 de diciembre de 2023 | PAPEL | La revista dominical de EL MUNDO



PAÍSES QUE SE HUNDEN: ASÍ ES LA VIDA EN LA PRIMERA LÍNEA DE LA EMERGENCIA CLIMÁTICA

La alerta de los SIDS. Apenas representan el 1% de la población mundial y su mera existencia está en peligro de extinción por la subida del nivel del mar. Los pequeños estados insulares en desarrollo han pedido auxilio en la COP28: “Es una cuestión de hundirse o sobrevivir”

Por **Ricardo F. Colmenero**
Fotografía de **Adri Salido / Getty Images**

Son 39. La mayoría están formados por una sola isla o por centenares, algunas del tamaño de una barca. Desde el espacio, infinitos puntitos verdes y amarillos flotando en los océanos. De noche, cualquiera los confundiría con una flota pesquera. El cambio climático les ha condenado al naufragio. Las emisiones de carbono de los demás, porque ellos apenas producen el 0,2%, a que sea inminente. «Estamos en primera línea de una crisis que no hemos provocado. Es literalmente una cuestión de hundirse o sobrevivir, y puedo garantizarles que también les llegará a ustedes», advierte al planeta en la COP28 Pa'olelei Lutelu, representante de Samoa y de los Pequeños Estados Insulares en Desarrollo (SIDS, en inglés) ante Naciones Unidas.

Representan poco menos del 1% de la población mundial, apenas 65 millones de personas. Llevan varios lustros con el agua al cuello, ante la ignorancia de la práctica totalidad del otro 99%, que con dificultades pondría en un mapa lleno de agua estas naciones paraíso criadas por los turoperadores, y que



PAPEL | La revista dominical de EL MUNDO | Domingo 3 de diciembre de 2023

MEDIO AMBIENTE

11



predicciones más catastróficas, según un estudio de la ONG Climate Central, hablan de 2 metros para dentro de 75 años. Las Maldivas, en el Índico, también están a dos metros. Tuvalu, en el Pacífico, está a cinco metros en su punto más alto, pero las olas del ciclón Pam que golpearon sus arrecifes en marzo de 2015 también tenían cinco metros. «Puede subir el nivel del mar y te sigue pareciendo que todo está bien, pero entonces viene una tormenta...», advierte Corrado Altomare, experto en construcción de defensas marinas del Departamento de Ingeniería Civil y Ambiental en la Universitat Politècnica de Catalunya.

En 2017, en el Caribe, *Harvey, Irma, María y Nate* se convirtieron en los huracanes más mortíferos y devastadores de todos los tiempos, destruyendo las comunicaciones, la energía, el transporte, los hogares, los centros de salud, las escuelas y causando decenas de muertos en Barbuda, San Martín y Santa Lucía.

Vanuato, una nación formada por 83 islas volcánicas en el Pacífico, ha sufrido esta temporada tres ciclones seguidos, con vientos de hasta 340 kilómetros/hora, que redujeron el país a astillas tres veces. Mucho antes de que del paraíso de aguas cristalinas queden solo aguas cristalinas, la intrusión constante del océano saliniza los cultivos, provoca escasez de alimentos, inestabilidad económica y está convirtiendo las islas en inhabitables. «Resultado desalentador presenciar la falta de compromiso cuando se trata de abordar la raíz de la crisis climática: las emisiones de los combustibles fósiles. No podemos capear esta tormenta solos, aunque trabajemos en nuestras propias soluciones, será la comunidad internacional la que determine si nos hundimos o sobrevivimos», clama Pa'olelei Luteru.

Entre las soluciones que están sobre la mesa para resistir la embestida de los océanos, el científico climático de la Universidad de Hawái Chip Fletcher propuso en una conferencia en las Marshall: «Dragar y ganar tierra. No es nada nuevo. No es una tecnología mágica. Es muy cara y perjudica el medio ambiente, pero preferiría destruir algunos arrecifes antes de ver cómo se extingue una cultura entera».

El problema es que muchos SIDS no son precisamente un ejemplo de recursos económicos, e incluso figuran entre los países más pobres del mundo, como Haití, Guinea-Bissau o Timor. Su unión les permite sortear su escasa capacidad institucional, que precisa de ONGs para rellenar formularios que les permitan cambiar de país, o acceder a subvenciones para alejar viviendas, vías y carreteras de la costa, o reforzar un puerto.

En la COP26 celebrada en Glasgow en 2021, Tuvalu se presentó ante el mundo: 26 kilómetros cuadrados, el cuarto país más pequeño del mundo, que en su parte más estrecha mide poco más que un autobús. Su ministro de Exteriores, Simon Kofe, lanzó una llamada de auxilio frente a un atril en medio del océano, vestido de traje y con el agua por las rodillas: «Llevábamos décadas reclamando atención internacional, y al final esto fue lo más efectivo». Si repitiera la escena ahora mismo en el mismo escenario, el agua le llegaría 11,4 milímetros más arriba.

Tuvalu no es que se esté hundiendo, ya se ha hundido. A principios del XIX los ingleses contaron nueve islas. Ahora quedan siete. Los ciclos climáticos del planeta se resumen en sus cuevas de la isla de Nanumanga, a 37 y 46 metros bajo el nivel del mar, donde han encontrado fuego prehistórico en paredes y corales. Hoy viven en la isla menos de 500 vecinos en un territorio del tamaño de tres ciudades deportivas del Real Madrid. Los ciclones tropicales les envían ahora olas de más de cinco metros.

Existe un Proyecto de Adaptación Costera de Tuvalu que incluye la construcción de un dique, un puerto para barcos y un rompeolas en Funafuti; una barrera de 665 metros para Nanumanga; y otra de 1.330, así como un malecón y siete barreras de arrecife para Nanumea. Y todo eso a sabiendas de que en 2050 Tuvalu será inhabitable, según los datos del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC).



GARDI SUCUDUR.
La imagen corresponde a una de las islas de Panamá amenazadas por la subida del nivel del mar

EMERGENCIA.
Las tormentas e inundaciones dificultan la vida en la isla y afectan a la vivienda, la sanidad y la educación

REFUGIADOS.
El Gobierno panameño se comprometió a construir una comunidad en un lugar de tierra firme para reubicarlos

Los SIDS se han llevado a Dubai un vídeo con testimonios de sus vecinos: viejos pescadores, agricultores y mujeres que viven en chozas sobre las aguas y caminan por cultivos conquistados por el mar: «Nadie quiere abandonar sus hogares. ¿Por qué deberíamos vernos obligados a hacerlo?», se pregunta uno. «Los temporales vienen con más frecuencia e intensidad. Creo que empieza a ser una realidad que no será posible vivir en Tuvalu», dice una mujer.

Australia dedica 3.000 millones de dólares anuales a ayudar a los estados insulares del Pacífico. Hace un par de semanas anunció que concedería anualmente 280 visados a los habitantes de Tuvalu. A ese ritmo, para cuando sea inhabitable, ya habrán evacuado a la mitad la población, unos 7.500. Nueva Zelanda elevó el año pasado hasta los 1.300 la cuota anual de refugiados climáticos: 150 de Tuvalu, 150 de Kiribati, 500 de Tonga y 500 de FiJI. Los únicos requisitos son saber inglés, tener entre 18 y 45 años, y pagar una tasa equivalente a 767 euros.

En las islas Salomón, muchos de sus habitantes han empezado a desplazarse a la capital, Choiseul, donde se está construyendo un pueblo nuevo. En FiJI han hecho lo mismo pero a lo bestia. En 2016, el ciclón Winston, el más destructivo de la historia del hemisferio sur, obligó al desplazamiento interno de la mitad de la población, casi medio millón de personas. Las Salomón son un ejemplo de que las SIDS también son parte del problema. El sector forestal sigue siendo el motor de su PIB, y según las estimaciones de su propio gobierno, sus bosques naturales estarán agotados en 13 años. Algunas de sus 990 islas han desaparecido en los últimos 75 años, provocando el hundimiento de varios pueblos.

Kiribati es el primer lugar del planeta en el que se celebra el año nuevo, pero pronto tendrá que pasar el testigo. Formada por una isla y 33 atolones coralinos, su situación le ha llevado a empezar a comprar terreno a las FiJI. Sus tres metros de altura media no parecen suficientes cuando el Pacífico está subiendo a una velocidad de 1,2 centímetros al año.

Los 18.000 habitantes de Palaos, o los 10.000 de Nauru, también asumen la condena. Resulta paradójico que a la segunda, un atolón en el pacífico central que un día fue británico, otro holandés, otro alemán, y otro australiano, lo tengan tan complicado los turistas para alcanzarla. Son precisamente ellos los que pueden retrasar la muerte de muchas islas, como bien saben en las Maldivas, en el Índico. Allí han construido islas artificiales más elevadas, un muro

“Estamos en primera línea de una crisis que no hemos causado. Y puedo garantizarles que les llegará también a ustedes”, avisan desde Samoa

se resumen con sus banderas: naufragios, veleros, canoas, guirrnaldas, taparrabos, faldas de corteza de moras, tocados, cabañas, soles, pájaros, conchas, corales, cocoteros y cacaoteros, bananas, lanzas, piñas, palmeras, colmillos y olas. Estas últimas, cada vez más altas, más frecuentes y más amenazadoras que cuando sus habitantes las pusieron en la heráldica.

El océano bajo su control es de media 28 veces la masa terrestre del país, por eso a los Pequeños Estados Insulares les gusta definirse como Grandes Estados Océánicos. Su vulnerabilidad les confiere también un alto interés estratégico, en el que EEUU y Australia lleva la delantera, especialmente tras el reciente fracaso de China en su intento por cerrar una gran alianza con las islas del Pacífico, que habría supuesto un jaque mate geopolítico.

La mayoría de sus recursos proviene de un océano que se convertirá en su condena. La última vez que hizo tanto calor fue hace unos 125.000 años, y el nivel del mar era 6 metros más alto. La descongelación de los polos y la dilatación de los mares por el calor hará que el agua suba un mínimo de entre 20 y 30 centímetros durante los próximos 25 años. Las

para proteger Male, la capital, e incluso existe un proyecto de ciudad flotante para 20.000 personas, con el que superar sus apenas 1,5 metros sobre el nivel del mar. Aunque eso no evitará que, como sucedió con el tsunami de 2004, las islas puedan quedar sumergidas casi totalmente durante varios minutos, o que 80 de ellas se inunden con cada marejada.

En las Islas Marshall, parte de su capital, Majuro, ya ha empezado a desaparecer. Como los Estados Unidos llevaron a cabo 67 ensayos nucleares en sus aguas, ahora se permite a 27.000 marshallenses vivir y trabajar en Estados Unidos. Samoa se está quedando sin la protección de su arrecife de coral, pero no sólo por el impacto de las olas, sino porque el calentamiento también está matando estos organismos. «Nuestros ciudadanos nos miran y nos dicen: ¿por qué no estáis haciendo nada? Pero es que no tenemos recursos para poder ayudarles», se lamenta Toolesulusulu Cedric Schuster, su ministro de Recursos Naturales, «pero somos resilientes. Llevamos más de 3.000 años viviendo en una pequeña isla y nos gustaría seguir viviendo en ella. Si no, ¿qué vamos a decirle a nuestros hijos y a nuestros nietos?».